

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO

DICIEMBRE 17 DE 2006, AÑO C

COLECTA:

Suscita tu poder, oh Señor, y con gran potencia ven a nosotros; ya que estamos impedidos penosamente por nuestros pecados, haz que tu abundante gracia y misericordia nos ayuden y libren prontamente; por Jesucristo nuestro Señor, a quien contigo y el Espíritu Santo, sea el honor y la gloria, ahora y por siempre. Amén.

LECTURAS:

PRIMERA LECTURA: SOFONÍAS 3:14-20

SALMO: PRIMER CÁNTICO DE ISAIAS (Pág. 48 L.O.C.)

EPÍSTOLA FILIPENSES 4:4-7[8-9]

EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 3:7-18

Los textos de la liturgia de hoy nos invitan a la alegría. Ese es el modo de esperar al Señor: la auténtica alegría del pueblo de Dios es Cristo, el Mesías largo tiempo esperado. A los filipenses Pablo les recomienda: "Alégrese siempre en el señor. Otra vez les digo, alégrese".

El pasaje de Lucas nos habla del testimonio de Juan Bautista, el precursor. Su predicación impresiona al pueblo, la gente se acerca para preguntarle: "¿Qué debemos hacer?" (v.10), es una prueba de que han comprendido el mensaje, perciben que el bautismo de Juan exige un comportamiento. La respuesta llega enseguida: compartan lo que tengan: vestido, comida, etc. (vv. 10-11).

No se pregunta lo que hay que pensar, ni siquiera lo que hay que creer. El Evangelio pretende que el oyente de la Palabra de Dios se convierta, es decir, que su conducta y su comportamiento estén de acuerdo con la justicia que exige el Reino. La buena noticia entraña una exigencia nítida: los que tienen bienes o poder deben compartirlos con los que no tienen nada o son más débiles. Gracias a esta conversión, los pobres y menesterosos son iguales a los otros. En realidad, los pobres no preguntan, sino que están en "expectación". El "¿qué debemos hacer?" lo deberían

preguntar quienes tienen el dinero, la cultura, el poder... porque la exigencia básica, según la Biblia, es compartir.

La conversión es un cambio de conducta más que un cambio de ideas; es la transformación de una situación vieja en una situación nueva. Convertirse es actuar de manera evangélica. El evangelio nos invita a una "conversión al futuro" que se despliega en el Reino. No es mirar y volverse atrás. El futuro (que es Dios y su reinado) es la meta de la llamada a la conversión.

Al oír la invitación al cambio total, al cambio de vida y mente, quienes acudían a Juan Bautista se sentían interpelados: «Entonces, ¿qué tenemos que hacer?», preguntaban al profeta (Lc 3:10ss).

El profeta no tenía pelos en la lengua; sus palabras eran duras, provocativas, razonablemente hirientes. A sus interlocutores -un gran gentío que iba a recibir su bautismo- les decía: «¡Raza de víboras! ¿Quién les ha enseñado a ustedes a escapar del castigo inminente?» "Raza de víboras", animales que matan a traición inyectando un veneno de muerte. El comportamiento de aquel pueblo -en especial de sus dirigentes- no sólo no fomentaba la vida, sino que ocasionaba la muerte de toda ilusión o esperanza de cambio y bienestar.

Y ante la pregunta del pueblo, inquietado por el mensaje de Juan, éste exponía a cada uno de los estamentos sociales privilegiados su programa de acción: «El que tenga dos túnicas -símbolo de riqueza-, que se las reparta con el que no tiene, y el que tenga de comer, que haga lo mismo.» A los recaudadores -profesión en la que se lucraban con excesivos y arbitrarios impuestos- decía: «No exijan más de lo establecido», pues lo legalmente establecido era ya, de suyo, abusivo. A los guardias -que tenían en su mano la fuerza y las armas- aconsejaba: «No hagan violencia ni extorsionen a nadie, confórmense con su paga.»

Era la voz de Juan una invitación a la justicia, a compartir, a terminar con todo tipo de abusos y prácticas que, favoreciendo a unos, hundían en la pobreza y en la miseria a otros.

Pero su voz no era del todo nueva ni original. No era más que el eco de otras voces a las que el pueblo, por desgracia, se había acostumbrado. Antes que él, ocho siglos antes, Isaías, otro profeta, con palabras de inmensa actualidad, había gritado sin descanso contra todo tipo de injusticia. Sus palabras parecen dirigidas a nosotros, ciudadanos del siglo XXI: «Busquen el derecho, enderecen al oprimido, defiendan al huérfano, protejan a la viuda», decía (Is 1:17); y hoy seguiría: Dénle trabajo a los desempleados, integren en la sociedad a los minusválidos, no marginen a los enfermos de SIDA, acaben con la droga y el alcoholismo, devuélvanle la dignidad a

los indigentes, déle casa digna al pueblo, pongan al alcance de todos la educación y la cultura... Era Isaías la voz defensora de todos los marginados de la tierra.

La culpa de aquella situación la tenían, según él, los poderosos -«los montes y colinas de Israel»-, los jefes del pueblo en cuyas manos estaba legislar y hacer cambiar al país; a éstos gritaba: «Ustedes devastan las viñas, tienen en casa lo robado al pobre» (Is 2:14). Gracias a esta práctica de pillaje y robo, sus mujeres podían convivir con el lujo y el derroche (Is 3:16ss).

Actuales resultan las palabras del profeta cuando se dirigen a latifundistas y terratenientes: « ¡Ay de los que añaden casas y casas, y juntan campos con campos hasta no dejar sitio y vivir ellos solos en medio del país» (Is 5:18ss).

Al leer estos textos da la impresión de que el mundo no ha cambiado desde entonces. Su lenguaje es actual y sus denuncias valederas. Su objetivo era hacer renacer la vida, implantando la justicia en un mundo sembrado de abusos sin fin...

¿Qué debemos hacer? Es la pregunta que muchos nos podemos formular hoy. La respuesta de Juan Bautista no es teoría vacía. Es a través de gestos y acciones concretas de justicia, respeto, solidaridad y coherencia cristiana, como demostramos nuestra voluntad de paz, vamos construyendo un tejido social más digno de hijos e hijas de Dios, vamos conquistando los cambios radicales y profundos que nuestra vida y nuestra sociedad necesitan. Pero para eso, es necesario purificar el corazón, dejarnos invadir por el Espíritu de Dios, liberarnos de las ataduras del egoísmo y el acomodamiento, no temer al cambio y disponernos con alegría, con esperanza y entusiasmo a contribuir en la construcción de un futuro no remoto más humano, que sea verdadera expresión del Reino de Dios que Jesús nos trae, y así poder exclamar con alegría: ¡venga a nosotros tu Reino, Señor!
